

LA MIRADA CRÍTICA DE HERTA MÜLLER

Herta Müller es una de las escritoras en lengua alemana más representativas y más creativas de la actualidad. Ha publicado narraciones, novelas, ensayos, artículos periodísticos, escritos poetológicos, poesías y collages de texto e imagen. Herta Müller nació en 1953 en Nitzkydorf, Banat –región situada al oeste de Rumania–, en uno de los numerosos pueblos rumanos habitados casi únicamente por inmigrantes alemanes que cuidan celosamente su lengua y sus tradiciones.¹ Sus escritos tematizan, de manera insistente, la angustia sentida en duras experiencias tales como vivir bajo una dictadura o sufrir vejaciones violentas, ser persona extranjera o apátrida, la expulsión o la huida. Por su muy variada obra ha sido galardonada con numerosos premios internacionales, entre otros con el premio Kleist en 1994.

De 1972 a 1976, Herta Müller estudió las carreras de Germanística y Romanística en la Universidad de Timisoara, trabajando más tarde en esta ciudad como traductora y maestra. Debutó con su obra *Niederungen*,² la cual, al aparecer más tarde en 1984 en la República Federal



Foto ©Brigitte Friedrich

Alemana, llamó en seguida la atención de literatos y de la opinión pública. Las narraciones que reúne el volumen presentan una infancia traumática en una sociedad hermética. Sin miramientos es destapada la norma vigente en un pueblo rumano-alemán de Banat, su modo de expresarse y su moral de apariencias. En este texto tan poco “idílico”, lleno también de notas satíricas, la autora logra desenmascarar el rígido montaje social, haciendo que se convierta para el lector en una estructura social transparente. En Rumania, algunos lectores –tal como reflejó la prensa de Banat en lengua alemana– reaccionaron manifestando indignación y rechazo ante su manera de romper con todo tabú. Le reprocharon haber ensuciado el “nido” y haber difamado a la minoría alemana en Rumania. Otros –también los artículos en los periódicos de la República Federal– alabaron, por el contrario, su capacidad expresiva tan extrañamente especial, admirando, sobre todo, la fuerza poética de su lenguaje lacónico. El objetivo de esos cuentos impregnados de pinceladas autobiográficas no es explicar “únicamente” crueles historias de su pueblo natal. La lectura de estas narraciones quiere mostrarnos que, potencialmente, cualquier lugar del mundo puede llegar a ser el lugar para la destrucción de la condición de individuo de todo ser humano, un lugar en el que ésta es puesta en peligro, probabilidad que resulta tanto más elevada y aguda en Estados totalitarios.

Al negarse a colaborar con la policía secreta *Securitate* se le prohibió ejercer la docencia. Desde entonces se dedicó profesionalmente a la escritura, publicando su segundo libro *Drückender Tango*.³ Dada su actitud crítica ante el régimen autoritario de Ceausescu, las autoridades rumanas terminaron por negarle el derecho a trabajar y publicar en el país. Se inició una época peligrosa para su integridad personal: amenazas de muerte, llamadas anónimas e interrogatorios que dejaron huellas en la biografía de la autora, determinando hasta hoy su manera de interpretar el mundo y de plasmarlo en su obra. En 1987, dos años antes de que fuera derrocada la dictadura en Rumania, Herta Müller abandonó su país natal para ir a vivir a Alemania. Sobre las experiencias vividas en esta época nos informan las novelas *Reisende auf einem Bein*⁴ y *Der Mensch ist ein großer Fasan auf dieser Welt*⁵. Sin embargo, su obra entera se hace eco de este vivir-entre-dos-culturas, de este partir-sin-conseguir-llegar.

En la novela *Herztier*⁶, no exenta tampoco de vivencias autobiográficas, Herta Müller trata temas como el miedo y la voluntad de sobrevivir en la dictadura de Ceausescu en las décadas de los setenta y ochenta. En un mundo poético determinado por el asesinato, el suicidio, la muerte y la huida, solamente la figura de la abuela reúne los momentos de confianza y calor humanos. Con su escepticismo para con “la autoridad” y mediante el rechazo de los esquemas y valores del orden vigente, la autora se enfrenta al poder político con toda su fantasía. Sus imágenes instan, sus metáforas inquietan.

Literatura no supone para Herta Müller un mundo agradable, pues belleza y horror son para ella las dos caras de una misma moneda, constituyendo, también a nivel estético, categorías inseparables. Un rasgo característico de su actividad creadora son sus frases cuidadas, sencillas y rítmicas. Herta Müller sabe entreverar la realidad y el sueño, sabe describir con precisión y, al mismo tiempo, sugerir asociaciones llenas de fantasías, creando, de esta manera, nuevos espacios de libertad poética. Los problemas y angustias de sus personajes no son descritos de manera explícita, de modo que el lector puede y debe alejarse de una mera interpretación biográfica de su obra. Mediante un lenguaje en cierta manera extraño y muy original, el cual surge, entre otras cosas, a partir de la traducción de locuciones y de todo tipo de expresiones rumanas al alemán, sus textos reproducen el estado anímico y la situación social –para muchos, apenas imaginable– del hombre bajo una dictadura.

A partir del guión cinematográfico para la película *Der Fuchs Der Jäger*,⁷ de Stere Gulea, que Herta Müller redactó conjuntamente con Harry Merkle, surgió la novela *Der Fuchs war damals schon der Jäger*.⁸ El totalitarismo vuelve a ser el tema enfocado, esta vez con profundidad. De nuevo encuentra aquí expresión su agudo sentido analítico y, por lo tanto, crítico: en esta obra, Herta Müller plantea el hecho de que una vez terminada la dictadura vuelven a aflorar con virulencia la desconfianza, la traición y el miedo. La autora manifiesta aquí su actitud crítica con el símbolo de una piel de zorro colocada en el suelo de una casa a modo de alfombra decorativa. Cada vez que la policía secreta “visita” la casa en ausencia de la mujer que vive en ella, corta un pedazo de la piel a fin de dejar huellas desorientadoras.

Adina, la protagonista, cuando ve los pedazos al regresar a su casa, se siente amenazada. La piel de zorro la desconcierta y, al mismo tiempo, le infiere temor. Los intentos de recomponer la identidad de la piel de zorro son inútiles. También en sus originales colages de texto e imagen (*Der Wächter nimmt seinen Kamm*⁹ y *Im Haarknoten wohnt eine Dame*¹⁰), en los cuales los textos vienen conformados por palabras recortadas de periódicos y revistas, Herta Müller desarrollará esta técnica que podríamos denominar de transformación o de desfiguración.

En la novela *Heute wär ich mir lieber nicht begegnet*,¹¹ Herta Müller mezcla los recuerdos y las asociaciones que asaltan a una mujer durante el trayecto de un viaje en tranvía. El individuo en la turbia vida cotidiana bajo una dictadura y las nefastas consecuencias del régimen dictatorial de Ceausescu son descritos en su microestructura, llegando a sacar a luz los rincones más recónditos de la vida privada. Un aspecto esencial es aquí, nuevamente, el individuo extraño para con sí mismo.

Su sensible perceptividad se interesa por detalles, nunca se queda en la superficie. Se opone a una visión ya establecida de las cosas, exige observación crítica. Su mirada es analítica, exacta, a veces incluso fría. Coloca el dedo en la herida, si lo considera necesario, rompe con convenciones. Así ocurre en los textos presentados y traducidos aquí. *Ein deutscher Tropfen und das Glas ist voll*¹² nos permite asomar en la psique de un tipo de mentalidad alemana, utilizado por Herta Müller para ejemplificar maneras de actuar y de reaccionar que encontramos hoy en día en muchas otras culturas. La insistente repetición del adjetivo “alemán” en los contextos escogidos y descritos por la autora recuerda al lector una época en la que en el mundo entero era derramada sangre “en nombre del pueblo alemán”. En esta narración, el equipo de fútbol alemán devuelve “el orgullo” y “la felicidad” de “ser alemán” al pueblo.¹³ En *Das Land am Nebentisch*¹⁴ son descritos los pensamientos de alguien –aquí se identifican yo poético y yo real– que observa a un viajero en el café de la estación de Viena. El viajero le suena familiar. Cuando los altavoces anuncian el tren que parte hacia Bucarest y el desconocido se levanta, la narradora se da cuenta de que su propio país se encontraba “en persona” en la mesa de al lado. Le sobrecoge un inefable sentimiento de angustia y temor. Con sencillos símbolos,

Herta Müller nos sugiere la reflexión sobre la existencia y la identidad, así como sobre su pérdida. En estas narraciones, Herta Müller enfoca y caracteriza estados anímicos difusos, difícilmente captables. Detalles descritos de manera realista se funden con imágenes surrealistas, surgiendo así nuevos interrogantes y confrontaciones. Los dos textos escogidos aquí pertenecen al volumen *Eine warme Kartoffel ist ein warmes Bett*.¹⁵

BIBLIOGRAFÍA

- Eke, Norbert Otto (ed.) (1991): *Die erfundene Wahrnehmung. Annäherung an Herta Müller*. Paderborn, Igel-Verlag Wissenschaft (Reihe Literatur- und Medienwissenschaft, 7).
- Haines, Brigid (ed.) (1998): *Herta Müller*. Cardiff: University of Wales Press (Contemporary German Writers Series).
- Haupt-Cucuiu, Herta (1996): *Eine Poesie der Sinne. Herta Müllers Diskurs des Alleinseins und seine Wurzeln*, Oldenburg: Igel Verlag (Literatur- und Medienwissenschaft, 49).
- Tudorica, Cristina (1997): *Rumäniendeutsche Literatur 1970-1990. Die letzte Epoche einer Minderheitenliteratur*, Tübingen: A. Francke Verlag.
- Zierden, Josef (1995): “Herta Müller”, en: Heinz Ludwig Arnold (ed.): *Kritisches Lexikon zur deutschsprachigen Gegenwartsliteratur*, obra de folletos sueltos, Munich: Verlag text und kritik.

HERTA MÜLLER

Una gota alemana y el vaso está lleno

Cuando alguien, un único hombre dice de sí mismo: “Soy feliz”, se me hace difícil el trato con él.

Cuando, sin embargo, un político, un político alemán dice: “Somos un pueblo feliz”, me siento inquieta: a un hombre feliz suelen pasarle desapercibidos otros que no han encontrado ni la felicidad de ese otro ni la suya propia. Pero un pueblo que se considera feliz suele atropellar a los que carecen de aquella felicidad y de la suya propia.

La cara del político centellea en la pantalla del televisor. Su mirada se alza, uno vería ahora un pedazo de cielo si el político no estuviera en una habitación.

Un pedazo de cielo no se ve. Pero que el político se siente maravillado e incluso conmovido con su propia frase, eso sí se ve.

Apago el televisor. La cara ha desaparecido. La frase ha quedado suspensa en la habitación. En la estantería callan los lomos de los libros, apretados los unos contra los otros. Busco con los ojos. Ojalá empezaran a hablar ahora los libros, confrontando sus frases a la frase suspensa en la habitación. Podrían hacerlo de sobra. No lo hacen.

Brinkmann, Fassbinder, Kluge, Enzensberger:¹⁶ en ningún día fueron y serán tan importantes como el equipo de fútbol alemán en estos días.

En la habitación, la pared se vuelve demasiado blanca. La luz demasiado estridente. La silla demasiado dura. Tengo que levantarme y deambular absurdamente por la habitación, de un lado a otro.

A la mañana siguiente, camino por las calles de la ciudad. Compruebo en todos los transeúntes que pasan por mi lado la veracidad de la frase: “Somos un pueblo feliz”.

Un mujer va cargada con dos pesadas bolsas de la compra. Un hombre cierra de golpe la puerta del coche. De pie, formando un círculo, cuatro hombres alrededor de la mesa en la tienda-café Eduscho.¹⁷ Destornilladores y metros asoman por los bolsillos de sus trajes azules. Un hombre está sentado solo en un banco leyendo el periódico.

Quizás son “felices”.

Delante de la estación, una anciana tocando el acordeón. En la punta de sus zapatos está apoyado un letrero: “Aquí se hace música para un necesitado”. Delante de unos grandes almacenes, un mendigo. Al lado de su sombrero hay un letrero: “Estoy sin trabajo. Tengo hambre.”

No son “felices”. No pertenecen a ese pueblo feliz.

Compro un periódico. En un artículo no más largo que una mano con los dedos estirados aparece doce veces la palabra “alemán”. La primera frase: “Un año alemán.” La última frase: “Un año alemán en el ajeteo mundial.” En medio del texto fue “acondicionada la alfombra de césped en el estadio Olimpia por un doctor alemán del green.” Poco después, en el texto, eran “acondicionados los tallos de hierba”. Luego la frase: “Una victoria sería con toda seguridad abono para el alma alemana.”

Luego, en el mismo periódico, el título: “En 1989 menos recién nacidos alemanes en la República Federal.” El artículo mantiene lo que promete: se establece una diferenciación entre el número de recién nacidos “alemanes” y el de recién nacidos “extranjeros”. “Los estadistas han proporcionado también datos, según los cuales en el pasado año murieron 87.000 alemanes más que no nacieron. Entre la población extranjera, por el contrario, nacieron 71.000 niños más que personas murieron.”

Cierro el periódico. Las frases permanecen suspensas en mi cabeza. Escucho atenta mi reloj de pulsera. Su tictac es preciso. La manecilla da pasitos cortos y repentinos de un número al otro. Tres niños juegan en un patio interior. No hablan alemán entre ellos. Una mujer con un pañuelo blanco en la cabeza los llama desde la ventana.

Cómo le retumbarían las sienes si leyera ese periódico.

El día se ha vuelto pequeño. Está al acecho. Voy cavilando sobre la palabra “alemán”: “ventana alemana, manilla alemana, castaño alemán, nube alemana.”

Entonces, al anochecer, los hombres del equipo alemán de fútbol aportan con sus cuerpos la máxima contribución a la felicidad del pueblo. Los corchos de cava y los petardos luminosos estallan.

Los luchadores por el ocio se saturan con la nación alemana. Banderas alemanas inundan la noche. Lluve. La lluvia susurra. Empapa las banderas. Una lluvia de gotas pesadas y pegajosas.

Las gotas de lluvia alemanas.

Una gota habría bastado, pues el vaso está lleno.

Septiembre de 1990

Derechos de traducción amablemente cedidos por la editorial *Europäische Verlagsanstalt*.

El país de la mesa de al lado

Entre las horas de llegada y salida de los trenes estaba yo sentada en el café de la estación de Viena. Miraba a los viajeros para distraerme de mi propio cansancio. Miraba con especial detenimiento a las personas que estaban solas sentadas a una mesa. Quizás veía en ellos, sin saberlo, el cansancio causado por los giros del paisaje, por el aire en el compartimiento, por el meneo y el ruido de la velocidad.

Entonces se me detuvo la mirada en un hombre: en cómo aguantaba la cabeza, en cómo apoyaba el codo encima de la mesa y reclinaba la frente en la mano, en cómo aguantaba la taza de café, en cómo tenía puestos los pies debajo de la silla. Su pelo, los lóbulos de sus orejas. También su camisa, su traje, sus calcetines hasta los tobillos.

No eran los detalles en aquel hombre lo que me resultó tan extraño, que los conocía.¹⁸ Era el conjunto lo que me llamó fuertemente la atención:¹⁹ el reloj de pulsera y los calcetines, la mano en la frente y el cuello de la camisa, el botón en la chaqueta y el borde de la taza de café, la raya en el pelo y el tacón del zapato.

Por los altavoces, mientras a mí me golpeaban fuertemente las sienes en los oídos, anunciaron un tren hacia Bucarest. El hombre se levantó y se fue.

El altavoz me dijo lo que yo había visto: el hombre era de Rumania.

Y fue como un centelleo, un sinfín de cosas detrás de las cosas, lo que veía ante mis ojos: todo un país en un hombre. Todo un país, que yo conocía, estaba sentado en la mesa de al lado. Lo había reconocido al instante.

Y no habría podido decir cómo lo supe ni qué me lo delató. Tampoco habría podido decir por qué. Ni de dónde venía, esa inquietud, ese deseo de acercarme al hombre y de decirle una frase. Y de no seguir mirando e irme inmediatamente. Y, de repente, esa impresión de que ya no quiero estar sentada en mí, ni mirar desde mí, ni continuar viajando conmigo. De dónde venía esa impresión. Y esa costura, como si propinscuidad y lejanía se precipitaran la una sobre la otra cortándose a pedazos.

Cuando me fui de Rumania denominé ese irse como un “cambio de lugar”. Me defendí de todas las palabras cargadas de emoción. Nunca he utilizado los conceptos de “patria” o de “añoranza de la tierra”.

Y el hecho de que aquí se me turbe la respiración cuando oigo a mi lado, por la calle, casualmente, a gente hablando en rumano, eso no es añoranza. Tampoco es añoranza prohibida, reprimida u oculta. No tengo palabras para ello: es algo así como miedo de haber sido alguien a quien no conocías. O miedo a ser alguien, a quien uno nunca ve desde fuera. O miedo a volverse alguien exactamente igual a otro, quitándolo.

Y es el miedo de que pudiera olvidar la lengua rumana de un momento al otro, o una noche en un sueño medio aplastado. Ya sé que ese miedo no tiene fundamento. Y, sin embargo, existe, como existe el miedo a olvidar cómo se coordinan los movimientos del cuerpo, de un paso al otro, en medio de las escaleras.

En general, en los lugares en los que estoy, no puedo sentirme extraña. Tampoco puedo sentirme extraña en todas las cosas a la vez. Me siento, al igual que otros, extraña en algunas cosas.

Uno no puede pertenecer a lugares. Uno no puede sentirse como si estuviera en su hogar en la piedra, en la madera, sea como sea y haga lo que haga, porque uno no es de piedra ni de madera. Si eso es infortunio, entonces es ser extraño un infortunio. Nada más.

En una calle comercial, allí donde terminan los tejados, hay un reloj. Tiene dos manecillas y un péndulo. No tiene esfera. Detrás del mismo está el cielo vacío. Miro hacia arriba y cada vez me da la sensación de estar mirando qué hora es en mi garganta.

El reloj no marca la hora de mi reloj de pulsera. Marca el tiempo que ya pasó hace mucho tiempo, hace ya años.

La hora que marca el reloj en el cielo es la hora bajo la tierra. Bajo la hora que marca ese reloj me imagino cada vez la hora de los hombres que no pertenecen a ninguna parte.

En la comisura de mis ojos parpadea entonces el país de la mesa de al lado.

Octubre de 1990

Derechos de traducción amablemente cedidos por la editorial *Europäische Verlagsanstalt*.

- ¹ Los alemanes que habitan en la región histórica de Banat (en español: "Banato") llegaron del Oeste y del Sudoeste de Alemania ya en el siglo XVIII. Después de largos años bajo dominio turco, Banat había entrado a formar parte del Sacro Imperio Romano Germánico (en alemán: *Heiliges Römisches Reich deutscher Nation*), el cual duró desde la Edad Media hasta el año 1806. Los emperadores de la dinastía de los Habsburgos Carlos VI, quien gobernó de 1711 a 1740, y su hija María Teresa iniciaron un programa colonizador a fin de repoblar estos dominios arrasados por los estragos de las guerras y a fin de reavivar el comercio. En 1992 todavía vivían unos 175.000 alemanes allí, a pesar de que a partir de 1989 la gran mayoría de alemanes en Rumania regresaron a su antigua patria cultural, sufriendo no pocas dificultades de integración.
- ² Bucarest: Kriterion 1982 y Berlín: Rotbuch Verlag 1984. En español: "Tierras bajas" (traducción propia del título).
- ³ Bucarest: Kriterion 1984 y Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 1996. En español: "Tango sofocante" (traducción propia del título).
- ⁴ Berlín: Rotbuch Verlag 1989. En español: "Viajera con una pierna" (traducción propia del título).
- ⁵ Berlín: Rotbuch Verlag 1986. En español: "El hombre es un gran faisán en el mundo", traducción de Juan José del Solar, Madrid: Siruela 1992.
- ⁶ Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 1994. En español: "Bestia de corazón" (traducción propia del título).
- ⁷ En español: "El zorro el cazador" (traducción propia del título).
- ⁸ Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 1992. En español: "La piel del zorro", traducción de Juan José del Solar, Barcelona: Plaza & Janés 1996.
- ⁹ Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 1993. En español: "El vigilante toma su peine" (traducción propia del título).
- ¹⁰ Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 2000. En español: "En el nudo del cabello vive una Señora" (traducción propia del título).
- ¹¹ Reinbek bei Hamburg: Rowohlt 1997. En español: "Hoy hubiera preferido no encontrarme" (traducción propia del título).
- ¹² En español: "Una gota alemana y el vaso está lleno" (traducción propia del título).
- ¹³ El 4 de julio de 1954, fecha en la que Alemania ganó el campeonato mundial de fútbol y fecha, también, en la que una nación vencida adquiría con ello una nueva conciencia de sí misma, constituye uno de los momentos más "importantes" en la historia de la posguerra. A partir de "el milagro de Berna", el equipo de fútbol alemán se convirtió en algo mítico, cuya función catártica a nivel político no debe ser menoscabada. El concepto de "pueblo" aplicado al grupo humano histórico-cultural alemán ha quedado –como tantos otros conceptos– irremediamente cargado de connotaciones negativas desde la Segunda Guerra Mundial.
- ¹⁴ En español: "El país de la mesa de al lado" (traducción propia del título).
- ¹⁵ Hamburgo: Europäische Verlagsanstalt 1992. En español: "Una patata caliente es una cama caliente" (traducción propia del título).
- ¹⁶ Herta Müller menciona aquí a cuatro intelectuales alemanes que, al igual que ella, observaron u observan la sociedad con mirada crítica. Rolf Dieter Brinkmann, poeta y prosista, nació en Vechta en 1940 y falleció en Londres en 1975 de accidente de coche. Su obra da inicio a la literatura alemana "underground". Perteneció a la escuela del Nuevo Realismo de Colonia, la cual se caracterizó por sus visiones casi apocalípticas de la sociedad y por su aversión hacia los valores de nuestras culturas occidentales. La cámara de Rainer Werner Fassbinder, conocido cineasta, actor y director de teatro, nacido en Bad Wörishofen en 1946 y fallecido en Munich en 1982 a causa de una sobredosis de cocaína y somníferos, enfocó con predilección a grupos marginados. Mostró tener una sensibilidad muy aguda para caracterizar relaciones humanas. Sus películas son testimonio de una visión pesimista del hombre, al mismo tiempo que logran expresar hondos sentimientos. Alexander Kluge, cineasta, escritor y jurisprudente, nació en Halberstadt en 1932. Su técnica se caracteriza por una mezcla de hechos reales y de ficción, por una analítica documentación de la realidad, situando las escenas captadas en nuevos contextos. Hans Magnus Enzensberger, escritor alemán nacido en 1929 en Kaufbeuren, destacó ya desde el inicio de su actividad creadora por saber plasmar en sus poesías una profunda actitud crítica para con la sociedad actual.
- ¹⁷ Nombre de una cadena alemana de establecimientos en los que se puede comprar y tomar un café de pie.
- ¹⁸ Se ha respetado aquí una construcción sintáctica poco usual para la lengua alemana que resulta más bien coloquial en español.
- ¹⁹ En el texto original alemán figura la palabra *Schläfen*, "sienes", plural de *Schlaf*, "sueño", denominado así por ser el lugar donde apoyamos la cabeza al dormir. En alemán se usa mucho y en muchos contextos ese concepto, también en la vida cotidiana: en los cortos textos aquí escogidos sale tres veces en total. Dado, sin embargo, que en español las expresiones "sien" o "sienes" se usan raramente, se ha optado en esta ocasión por una traducción a nivel semasiológico. En los demás lugares se ha traducido literalmente.